

# Del auge y la caída del Centro Comercial Camino Real

Carlos Iván Degregori

HABIA UNA vez un Centro que perdió categoría. Sus caballeros - habitantes lo habían construido como culminación y corona de una ciudad-jardín, coqueta y soñadora, romántica y altiva, alegre y generosa, que era por ser hermosa la reina de esas comarcas y había sido coronada tres veces. Un Centro de ensueño con palacios de miel, turrón y chocolate; calesas y campanarios, un río que hablaba, un puente y una Alameda.

En sus carnavales —de alegría sin igual), por sus calles y jirones recorrían corsos de carros alegóricos con reinas de ojos negros y piel canela como todas las muchachas del lugar, y nombres típicos como Miluska, Madeleine, Jacqueline, Karin von Gordon, ciudad jardinísima arrojando éter, serpentinas y confetti a los festejantes.

## LA BRUJA MALA DE LAS MONTAÑAS

Hasta que, de repente, una oscura bruja maligna que venía de Oriente, polleruda y mechona, inculó veneno - rojo - importado en los cerebros de los indiecitos y las pastoritas que vivían felices en sus lejanas punas majestuosas, en chozas pintorescas, cantando, silbando, tocando sus quenás y bailando con unas tiras de lana multicolores.

Los pastorcitos convertidos por la bruja polleruda en horrendos ambulantes, pordioseros y niños limpia-carro, rodearon la ciudad-jardín.

Cada noche, la trenzada comunista apuntaba hacia algún lugar con su varita mágica y a la mañana siguiente aparecían allí infinidad de repulsivas

chozas de estera, cartón y hojalata, arruinando los arenales que rodeaban la ciudad-jardín y que le daban un aire a metrópoli de Africa del Norte: Casablanca o Marrakesh.

Con una mezcla de dolor y espanto, las damas y caballeros vieron cómo los indiecitos embrujados salían de los arenales e invadían su Centro.

Como los caballeros eran todo amabilidad y aseo en las maneras, trataron de convencerlos razonando para que regresen a sus coloridas punas. ¡lubo dama que compuso una canción-poema dedicada a las pastoritas vueltas placeras y anticuheras: "Paisana de mis alturas, vuelve a tu altiva montaña", les decía delicadamente y les trataba de hacer ver que el clima de la ciudad-jardín era malo para su cutis: "La rosa de tus mejillas se está volviendo azafrana", les advertía, pero el veneno - rojo - importado había vuelto insensibles a las pastoritas y a los indiecitos que siguieron llegando.

## ESA CIUDAD QUE SE ALEJA

La población de la ciudad-jardín se duplicó, decuplicó. Reinas, damas y caballeros quedaron en absoluta, ínfima minoría. Y lenta, inexorablemente, el Centro fue perdiendo categoría.

Basurales y gases tóxicos volvían el ambiente irrespirable. Playas de estacionamiento o simples terrales reemplazaban a los viejos palacios. Los señores se replegaron y construyeron nuevos barrios residenciales, donde combinaban la elegancia señorial antañona con la funcionalidad ultramoderna. Se perdieron los nombres de calles y jirones y las princesitas y los

pequeños príncipes ya ni conocían la ubicación de plazas, templos y monumentos de su antiguo Centro.

Pero la bruja chola continuaba su obra maligna y con su varita encantada rodeaba de chozas cada barrio nuevo construido por los señores que, a pesar de todo, se modernizaron y edificaron un nuevo Centro: un Distrito-Roller. "En las noches frescas de verano paseaban todos con camisas hawaianas, esa especie de uniforme estival" de los modernos caballeros y principitos.

Pero no había puente ni Alameda, ni río que hablara ni campanarios, verjas o serenatas. Ni tampoco algo ultramoderno verdaderamente espectacular que los reemplace.

## EL HADA BUENA DE LAS BAHAMAS

Hasta que el Hada Madrina construyó Camino Real. Con su tanga y sus rubios cabellos sedosos, apuntó su varita importada de Miami hacia el antiguo palacio de la dama Ayulo Pardo y surgió allí un Centro Comercial de verdadera categoría.

Pero de la misma forma en que, acercándose, uno podía descubrir la celulitis del Hada Madrina ya en plena menopausia, sus pecas, su rostro palidísimo, su figura rascucha, su cabello reseco a pesar o quizá a causa de tintes y reacondicionadores, y su voz de fofonía con acento a Kuczynski; así también, observando detenidamente uno podía descubrir qué poco había de bueno tras el soberbio cascarón del Centro Comercial.

Pero los señores, hostigados por la bruja de las montañas,

sabían que no tendrían jamás el Ku-Damm de Berlín, ni los Elíseos de París o El Carnaby Street de Londres. Por eso, con lo poco que les quedaba de estilo, disimulaban con cierta discreción y encanto y se conformaban con tener su "cachito de Miami".

Sin embargo, reanimados con el éxito de su distrito-roller y su nuevo Camino Real, decidieron reconquistar el centro venido a menos. Una madrugada, con su alcalde a la cabeza y con la ayuda de cientos de hombres armados y carros de combate, tomaron por sorpresa la ciudad, desalojando de ambulantes y pordioseros las viejas avenidas, los estrechos jirones. "La ciudad ha recuperado su antigua prestancia", proclamaron a los cuatro vientos.

Los desplazados, apoyados por comunistas de todo pelaje, intentaron recuperar lo que ya creían suyo; pero más pudo la fuerza que sus razones. Para redondear su faena, los señores decidieron apiñar y encerrar a los ambulantes en ciertas esquinas de la ciudad, previamente enrejadas; pero, ebrios de triunfo, olvidaron concretizar su golpe de gracia. Los desplazados, aunque dispersos, continuaron merodeando por la ciudad-jardín. Ese error fue la causa de la nueva y definitiva desgracia de los caballeros.

## TRAGEDIA DE UNA TARDE DE JULIO

Los que estuvieron en Camino Real aquel día lejanísimo, aseguran que ese fue el comienzo del fin de los señores.

Había que ver esa tarde a las princesitas con sus patines y a los principitos con sus peina-

dos que los asemejaban a efebos romanos, sólo que con Adidas en vez de sandalias. Qué orgullosos paseaban las reinas-madres y los caballeros.

Pero súbitamente, algo siniestro quebró la alegría de ese lugar perfecto. Al principio se oyeron a lo lejos algunos gritos aislados, luego un rumor y una agitación que fueron creciendo hasta convertirse en verdadera estampida.

Había que ver a las princesitas corriendo con los ojos anegados de lágrimas, trastabillando, enredándose en los patines, rasguñándose; a las reinas-madres descompuestas, sujetando collares y carteras, quebrándose los tacos al huir presas del pánico en dirección a los coches importados.

Preguntando qué pasa y profiriendo obscenidades, los efebos trataron de organizar la resistencia; pero a los pocos instantes, gritando comunistas conch'e sus madres, desistieron, cubriendo apenas y a trompicones la retirada de madres y hermanas.

¿Qué sucedió realmente?

Cruzando por la Plazoleta de la Virgen del Pilar, media docena de ambulantes, tres pordioseros y una tropilla de niños limpia-carros desalojados del viejo Centro, incursionaron en Camino Real.

Cuando entre temerosos y asombrados ingresaron por fin a las lujosas instalaciones, encontraron un panorama desolado de vitrinas hechas añicos, stands derribados, maniqués mutilados, pin-balls desiertos con máquinas que seguían funcionando solas, mercaderías de lujo regadas por los suelos junto a tacos rotos, dentaduras, postizas, algunas gotas de sangre.